

Joxe Mari Korta

PATXI MEABE

Fue asesinado el 8 de agosto del año 2000. Era una víctima más de la 'socialización del sufrimiento' que se había puesto en marcha. Él optó por plantarle cara a la ignominia y al chantaje

Estos días se están celebrando diversos aniversarios de asesinados por ETA. Además, se ha aprobado la importante ley de reconocimiento y reparación de víctimas de abusos policiales. En este contexto, y sin desmerecer la memoria de ninguna de ellas, quisiera recordar la persona de Joxe Mari Korta, ejemplificando en él la injusticia y el dolor de tantas víctimas inocentes.

Joxe Mari Korta fue asesinado la mañana del 8 de agosto del año 2000. Una bombalapa incrustada en su automóvil, situado delante de su empresa, terminaba con su vida, sumergiéndolo a su familia y a los que le rodeaban en una angustia y dolor indescriptibles. Era una víctima más de la 'socialización del sufrimiento' que se había puesto en marcha poco antes. Se sabía señalado. Era un modo de malvivir para poder sobrevivir, pero la violencia de persecución desembocó en su muerte. El señalamiento precedió a la estigmatización, al silencio y al abandono. Otros muchos también lo experimentaron, pero en especial, como en el caso de Joxe Mari, aquellos que optaron heroicamente por plantarle cara a la ignominia y al chantaje.

A pesar de partir desde la base más baja en su caserío, puso en marcha con pasión y esfuerzo una empresa puntera en el bajo Urola. Son muchas las consideraciones que vienen a mi mente en estos momentos. Son otros los que deberán hacerlo: empresario ejemplar, trabajador infatigable, euskaltzale y comprometido siempre con las acciones sociales y deportivas del pueblo, etc.

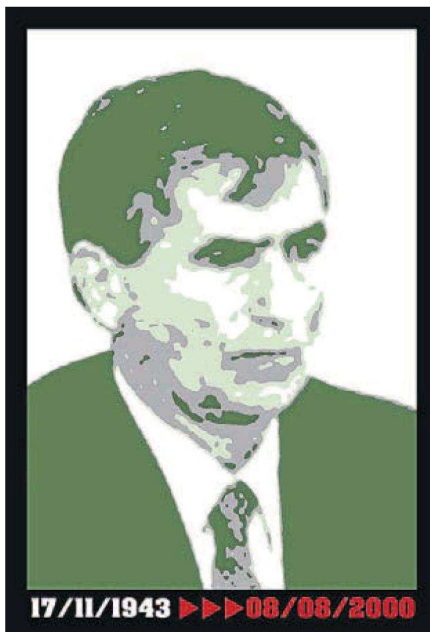
En la difícil situación económica que estamos viviendo, es de justicia señalar que el desarrollo técnico y competitivo de muchas empresas vascas es fruto del esfuerzo de muchos trabajadores y empresarios como Joxe Mari. Como hoy, también entonces, se vivieron momentos difíciles, pero se apostó por el futuro, corriendo riesgos y aunando voluntades para sacar adelante sus empresas y vencer así muchas dificultades.

Es cierto, que hay que mirar hacia adelante y reconstruir el deteriorado tejido social de nuestros pueblos. Lo desea la inmensa mayoría de la sociedad, que pide una humanización efectiva de la política penitenciaria, terminando la anacrónica dispersión de los presos y la puesta en liber-

tad de los que se encuentran enfermos. Todo lo que se haga a este respecto es un paso hacia la paz y la convivencia. Pero todo ello tiene un camino a recorrer y debe basarse en un fundamento sólido. Considero altamente positivo el esfuerzo que se está llevando a cabo por parte de las instituciones vascas, informando a los presos sobre los procedimientos y los requisitos para acogerse a los beneficios penitenciarios. Cerrarse a dar estos pasos por pura estrategia política e ideológica supone una grave afrenta a la esperanza mayoritaria de la sociedad vasca que desea superar su pasado sangriento más reciente.

Pero todo ello debe hacerse desde la memoria, la verdad y la justicia. La venganza, el odio y el resentimiento no construyen nada, pero tampoco el olvido, la manipulación de la injusticia o la mentira disimulada. Y menos cuando se ensalzan como héroes y mártires a quienes no lo son. Es manipular la verdad afirmar sin más que «aquí todos hemos sufrido...», «todos hemos podido hacer daño...» o «aquí no hay relato uniforme, sino pluriforme...». Aquí ha habido una realidad uniforme, constatable y demostrable, donde se ha asesinado, atentado, secuestrado y en muchos casos torturado. No se pueden dejar atrás los largos años de sangre y hierro de la acción terrorista de ETA, que de forma unilateral optó por este camino y de forma unilateral lo dejó hace 5 años. Equiparar y repartir responsabilidades a todos por igual es obscuro por injusto. Nos lo recordó la filósofa judía Hanna Arendt: «Donde todos son culpables, nadie lo es». Muchos actos de recuerdo, reivindicación y homenaje a víctimas y presos se convierten todavía hoy en un alegato y acusación contra el adversario político, lejos del dolor compartido, desfigurando así el objetivo del recuerdo y el homenaje. Esto no construye pueblo ni una convivencia solidaria.

No es la hora de la ley del Talión, sí de la justicia, la reparación y el reconocimiento del mal inferido. Acaso también –pido disculpas por el atrevimiento– del perdón ofrecido... y aceptado. Es hora de dar la mano y ayudar a todos los que han quedado olvidados, humillados y despreciados a la vera del camino, que son muchos y de diferente signo. Estoy seguro que Joxe Mari Korta sería el primero en implicarse en este compromiso.



:: ALEMÁN AMUNDARAIN